



Florence Thomas

No se nace mujer, se hace mujer

Esta pequeña frase de la gran Simone de Beauvoir (1908/1986), tiene setenta años y se volvería muy rápidamente emblemática de las feministas, por lo menos de las feministas de mi generación. Una frase que nos iba a cambiar la vida y que, aun hoy, sigue generando debates pues para mucha gente, muchos grupos religiosos, muchos ideólogos de la extrema derecha, uno nace mujer y punto. La biología, la naturaleza nos determina y punto. Nacer mujer es nuestro destino y punto. Y hoy sabemos que si bien se nace mujer, es la historia, la cultura que construye nuestra femineidad, nuestra identidad y nuestra manera de ser mujer. Simone de Beauvoir nos permitió empezar a pensar que era posible, por consiguiente, transformar las condiciones de nuestra opresión. Después de Virginia Woolf que nos entregó este tan bello cuarto propio, este cuarto para pensar, escribir y alejarse del ruido de la domesticidad para empezar a existir, Simone de Beauvoir nos permite repensar el capítulo de la identidad, de la autonomía y del papel de la cultura en nuestro devenir mujer. Dos mujeres emblemáticas para

el Grupo Mujer y Sociedad, dos mujeres que reconocemos como madres simbólicas, dos mujeres que nos entregaron una herencia que ninguna feminista hoy, creo yo, puede rechazar.

Simone de Beauvoir y su goce del afuera. Ella nunca extrañó el adentro, debatía y escribía en los cafés parisienses, vivía la noche, recorrió las calles de muchas ciudades y muy particularmente las calles de París acompañada del filósofo Jean Paul Sartre, respirando los dos este ambiente de existencialismo que reinaba en la década de los años 60 en Francia. Nunca Beauvoir y Sartre tuvieron un espacio común y siempre prefirieron los espacios anónimos y abiertos. Y en su encuentro amoroso e intelectual, construyeron los dos un pacto que nunca se iba a romper a pesar de no significar exclusividad. Simone así reinventó la vida de millones de mujeres.

Y una se hace mujer con la certidumbre de que la biología, si bien sabemos y hemos reconocido que tiene algún papel, no justifica los viejos

estereotipos que siguen marcando nuestro acontecer. Incluso grandes filósofos hombres (insisto, hombres) lo reconocieron hace ya muchas décadas. Cuando hablaban de las mujeres, Cioran narraba una larga historia de esclavitud, Michel Foucault se refería al disciplinamiento, silenciamiento y control y Pierre Bourdieu hablaba de dominación, por no citar sino estos tres. Igualmente historiadores y antropólogos de la época reconocieron que la cultura y la historia de cada uno, de cada una, son los grandes determinantes de nuestras vivencias. Y sí, una se hace mujer confrontando los dictados y mandatos de su época, resistiendo ante la imagen de una mujer madre, milagro de vida, bastión doméstico y fisu-

rando profundamente los cimientos de una identidad femenina constreñida en los moldes de la cultura patriarcal.

Simone de Beauvoir sería hoy muy seguramente una figura apasionada en los actuales debates relativos al género, al “género en disputa” o al “género líquido” de Judith Butler. Por cierto recibió críticas de mucha gente, feministas o no feministas quienes se olvidan que “El segundo sexo” fue publicado en 1949, hace setenta años... y que su autora tendría hoy 111 años. Simone de Beauvoir tuvo el coraje de enfrentarse a un tenaz muro patriarcal que nos quería y nos necesitaba como dios manda.